

Cuando por fin tomé conciencia del peso vital de lo que me había sucedido intenté incorporarme con mis propias armas, que eran los libros, y leí a autoras y autores que habían superado esta situación, que podrían ayudarme. La escritora húngara Agota Kristof, sus afirmaciones tan poderosas y poco complacientes como su obra. Kristof habla de su propio exilio, que padeció a causa de la militancia de su marido, quien se enfrentó a la dominación rusa en Hungría. Se radicaron en la Suiza francófona y Agota comenzó a trabajar en una fábrica. Ella, que era poeta, se veía reducida al nivel de una niña que estaba empezando a hablar, una analfabeta:

«[...] la lengua francesa, ella también, es una lengua enemiga. Pero hay otra razón, y es la más grave: esta lengua está matando mi lengua materna».

Y también:

«Me dejé en Hungría mi diario de escritura secreta, y también mis primeros poemas. También dejé a mis hermanos, mis padres; sin avisarles, sin despedirme de ellos, sin decirles adiós. Pero sobre todo, ese día, ese día de finales de noviembre del año 1956, perdí definitivamente mi pertenencia a un pueblo».

La herida al aire libre. La hostilidad contra un país extraño en el que no se quiere estar. La pérdida de la pertenencia. Los ojos en la nuca. Las pesadillas. Pero lo que no imagina quien llega es que la distancia se hace carne. Poco a poco iría fraguando la certeza de que la pérdida de la patria no puede repararse nunca, pero bien puede convertirse en un gran tema literario.

¿Por qué España? ¿Por qué Madrid? Me lo he preguntado cientos de veces. Franco había muerto hacía un año, cuando se es joven se cree que un año es muchísimo tiempo. ¿El idioma? Tal vez. Se hablaba de democracia y esa palabra, desde un país devastado por un golpe militar, sonaba a futuro. Y el mundo dejó de ser un lugar estable. Sin ningún deseo de futuro, volver a empezar.

No voy a hablar de los primeros tiempos del exilio, tardé treinta años en poder narrarlos, fueron como una vida que apenas si lograba mantenerse en pie. En mi experiencia, la ficción no es el mejor espacio para contener lo que este dolor supone, el desarraigo del exilio esconde una amalgama de sufrimiento ajeno, esa culpa por seguir viviendo. El lamento personal se mezcla con la exhibición

¿Se trata, entonces, de aferrarse a algo que va mucho más allá de la historia misma? ¿De flotar asida a lo que sobrevive más allá de la semántica? Historias personales que nos hundan, formas de contar que nos ayudan a salvarnos. Buscar, no un argumento, sino una manera de representar ese mundo que se había quebrado. ¿Cuánta distancia tiene que haber con respecto a los hechos para que narrarlos sea legítimo? Piedad Bonnett habla de algo que sucedió en la intimidad de una familia. No es lo mismo, pienso.

La polémica sobre qué se puede y qué no se puede contar después de las grandes tragedias no es nueva. Adorno se preguntaba si era lícito escribir poemas después de Auschwitz, cuál era el papel del arte frente a determinadas barbaries, cuando la brutalidad es tanta que el acercamiento estético resulta escaso o insatisfactorio. La pregunta se podría resumir así: ¿se puede escribir ficción en las puertas del infierno?

Imre Kertész dijo, en su discurso de aceptación del Nobel:

«¿Qué tengo todavía que ver con la literatura? Porque estaba claro para mí que una línea infranqueable me separaba de la literatura y los ideales, el espíritu asociado con el concepto de literatura. El nombre de esta línea de demarcación, como muchas otras cosas, es Auschwitz.

Cuando escribimos acerca de Auschwitz, debemos saber que Auschwitz, en cierto sentido al menos, suspendió la literatura».